

La Valencia de otros tiempos

# Historias curiosas del Micalet

Por VICENTE VIDAL CORELLA

Nuestro admirado y querido Micalet, la esbelta torre y campanario de la catedral de Valencia, tiene en su larga historia ininidad de curiosos episodios que se registran en antiguos documentos, diarios y libros de memorias. Así, por ejemplo, se recuerda que cuando se construía la torre y no se había llegado a la altura actual, por parecer entonces —1418— del proyectado reloj, se instaló una gran campana —pesaba trescientos quintales y, bendecida el día de San Miguel, daría el nombre de Micalet a la torre— que día y noche, durante las horas, hacían sonar dos hombres con grandes martillos, hasta que se instaló el primer reloj, cuya maquinaria resultó tan imperfecta que, en 1446, los jurados determinaron hacer otro de «nueva invención», cuya máquina hacía sonar las horas.

Otro caso curioso fue la broma —muy pesada por cierto— que los trabajadores del maestro cantero Francisco Baldomar acordaron gastar, y fue, nada menos, que subir a lo alto del Micalet, un pollino de su propiedad que el citado constructor guardaba en una casa, junto a la torre, donde, asimismo, se hallaban depositados materiales y herramientas. Y sin pensarlo más, cierta noche sacaron el pollino y a cintarazos y empujones lo subieron, tras no pocos esfuerzos, por la estrecha y enroscada escalera que, en forma de espiral, atraviesa el interior de la maciza torre, dejando el jumento en el departamento de campanas. Y cuando, en las primeras luces del alba, los sacristanes subieron a la torre, confiados y tranquilos, para comenzar los primeros toques de campanas, y vieron en tan alto lugar un burro, fueron presa de tal espanto que a punto estuvieron de lanzar las campanas a rebato, creyéndose encontrar ante una aparición tramada por el mismo diablo. Y, como centellas, se lanzaron escalones abajo para comunicar la noticia al Cabildo, el cual aconsejó al «mestre» Baldomar que viera la forma de bajar su pollino del lugar tan inadecuado, lo que hizo, a su costa, contratando a diestros marineros, quienes mediante unas cabrias colocadas en las ventanas de la torre, ataron al jumento y, con largas cuerdas, lograron dejarlo en tierra firme. Un documento de la época cita que para contemplar como se efectuaba el rescate del pollino, se reunió multitud de gente en los alrededores del Micalet, y «fon tanta la gent que per veure açó fon aplegada que quasi tot lo poble staba socomogut e molts menestrals perderen son jornal».

Otros documentos valencianos citan que de antiguo se colocaban en lo alto de la torre, en las grandes solemnidades, gran número de faroles de papel, unos grandes

y otros pequeños, a lo largo de las paredes exteriores de la torre, todos con luces de aceite en los primeros y de sebo en los segundos; en la terraza se reunía gran cantidad de leña alquitranada y en la barandilla se ponían cazuelas con resina y cuerdas que hacían el papel de flamígeros, todo lo cual se encendía y consumía; en los ventanales se hacían arcos de mirto y otras plantas verdes, y desde lo alto de la torre se disparaban cohetes y actuaban coblas de músicos que hacían sonar dulzainas, añafiles y atabales.

Otra de las particularidades que se ofrecían desde lo alto del Micalet era la «fumada», hoguera que se encendía todas las noches, al toque de las primeras oraciones. Su origen databa de cuando los jurados valencianos, en 1516, acordaron la guarda de la costa del reino contra las agresiones de los piratas, confiándola a un grupo de jinetes y hombres de a pie para la debida vigilancia, adoptando para comunicarse un sistema de hogueras que se encendían en las torres de los pueblos; una ahumada o «falla» diaria a una hora convenida, era como el parte «sin novedad» que se pasaban unos a otros los torreros, pero si se encendían dos hogueras manifestaban lo contrario, corriendo la señal desde el que advertía la novedad a los demás, y en caso de alarma o de moros en tierra, la hoguera se arrojaba desde lo alto de la torre. La «fumada» del Micalet, como torre la más dominante de la costa hacía la señal establecida como de la capital, y la reproducían las otras, de uno a otro extremo del reino. La antigua costumbre, a pesar de que la seguridad de las costas marítimas avanzó con el transcurso del tiempo, perduró largos años. Algunos cronistas todavía la citan en el primer cuarto del siglo del ochocientos, en que se asegura dejaron de encenderse las tradicionales hogueras.

Años después, según citan las primeras guías o manuales para viajeros en Valencia, se instaló un nuevo y útil servicio de vigía en lo alto del Micalet, esta vez «con el objeto de proporcionar al comercio, pasajeros y cargadores, noticia exacta de la llegada y salida de buques». El nuevo servicio de vigía se había puesto en práctica el día primero de febrero de 1840 y consistía en la instalación de unas bolas grandes —medián más de un metro cada una— de cuero, huecas, que según la posición en que se hallaban colocadas sobre la larga antena —desde lo alto de la espadaña y junto a la campana final— daban a conocer la llegada al puerto de cualquier vapor, su procedencia y salida. Todo ello manejado por un empleado que mediante potente catalejo obser-



vaba el movimiento de los buques desde lo alto de la torre. Este pintoresco sistema de señales marítimas para el comercio valenciano permaneció y fue utilizado hasta finales del pasado siglo.

No faltan en la historia del Micalet los proyectos para construir un remate digno de la torre, supliendo a la actual espadaña de piedra colocada en el setecientos. Así se recuerda que, en 1859, a iniciativa del canónigo de la catedral, don Francisco de Paula Peris y Mendoza, que interesó a la propia reina Isabel II, con motivo de haberse efectuado la declaración dogmática del ministerio de la Inmaculada, y para perpetuarlo en Valencia, se acordó elevar la torre de los cincuenta metros de altura que tiene hasta ciento cincuenta. Al efecto, se efectuó en 1863 el proyecto por Aloiss Heiss. Proyecto que quedó sin efecto y permaneció largos años expuesto en la propia catedral. Como tampoco se realizó el deseo del Cabildo de la sustitución de la espadaña de

piedra, en 1905, para el que presentaron proyectos los artistas Carlos Giner, Carlos Carbonell y José Aixa.

También hubo un curioso proyecto sobre el Micalet, del que fue promotor un periodista llamado Luis Gil Sumbiela, muy popular y apreciado, que destacó en los últimos años del pasado siglo y primeros del presente, redactor del diario vespertino «La Correspondencia de Valencia». Activo y bien relacionado, era entusiasta de cuantas iniciativas surgían que redundaran en beneficio de Valencia; iniciativas a las que prestaba entusiasta apoyo, aun cuando muchas de ellas fueran fantásticas.

Un día del mes de marzo de 1909, el capitán de Ingenieros, Bernardo Cabañas, mostraba al periodista los planos de un proyecto, del que era autor, para instalar en la torre del Miguelete «un tranvía funicular de tracción eléctrica y corriente continua».

Pocos días después el proyecto, con una detallada memoria re-

dactada por el señor Gil Sumbiela, era presentada por éste al Ayuntamiento, solicitando autorización para construir y colocar el citado tranvía funicular y su explotación —durante la Exposición Regional— hasta el día primero de enero de 1910, a cambio de cederlo en dicha fecha a la ciudad, «proporcionando con ello un beneficio a perpetuidad».

En la memoria expresaba el periodista valenciano con detalles técnicos «lo acabado de la obra, que resultará elegante y bella». Y reseñaba cómo el funicular, colocado en la entonces plaza del Miguelete, ascendería por unas guías metálicas, colocadas sobre la fachada de la torre —«respetando hasta los menores detalles artísticos»— recayente a dicha antigua y desaparecida plaza, cuyos coches —«elegantes, cerrados y suficientes para ocho pasajeros»— serían elevados por potentes cables hasta las torrecillas instaladas en la plataforma superior de la torre.

Pero el Micalet, por entonces, se hallaba rodeado de andamiaje, que circundaba la octógona torre, para la reparación de algunos desperfectos notados en los ventanales exteriores del departamento de campanas. Ello aconsejaba un detenido estudio de las obras. Y el propio Luis Gil Sumbiela daba cuenta del resultado en una nota, que no podía ser más pesimista: «Con motivo de mi proyecto de un travía para subir a la plataforma superior de la torre del Miguelete, hecho un minucioso reconocimiento de la solidez de la obra en su parte alta, resulta, y es conveniente decirlo lisa y llanamente, que su estado es mucho peor de lo que generalmente se cree».

La impresión no era, pues, favorable para realizar el proyecto, debido a que los técnicos temían añadir nuevo peso a la bóveda superior, ya que en ella se habían producido desperfectos y separados algunos bloques de piedra, al parecer por la presión de la espadaña que, con su campana enorme, gravita sobre el centro de la bóveda. Por ello el periodista abogaba, dejando a un lado su proyecto, por que se realizara una rápida reparación de los desperfectos, antes de que se produjeran mayores daños, y se quitara la antiestética espadaña y fuera sustituida por otra más artística, siguiendo el estilo de la torre, y que se apoyara sobre los muros laterales, en contra de la actual que se apoya en el centro.

El proyecto funicular exterior para subir al Miguelete quedó, por fortuna, sin realizar, y su recuerdo se suma a la serie de pintorescos episodios anecdóticos en la historia de la popular y esbelta torre valenciana.